

José Agustín Goytisolo. Vida y obra

Jordi Virallonga

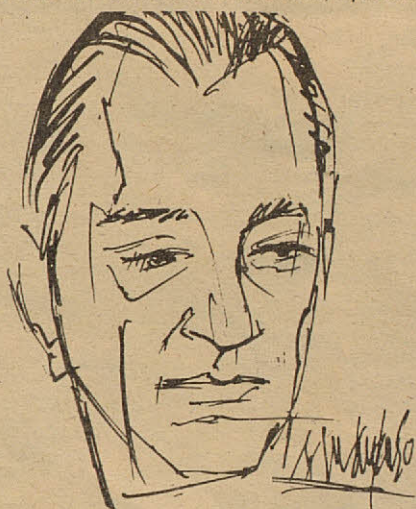
Libertarias/Prodhufi. Madrid, 1993. 423 páginas

JOSÉ Agustín Goytisolo supo dar a su generación uno de sus máximos registros: la ironía como factor poético capaz no sólo de eludir la censura sino de ampliar el lenguaje con un abanico de recursos que potenciaban la cartografía de los significantes y que abrían un espacio en el que todo conocimiento exigía una complicidad. Eso, su íntima ternura y su sátira siempre manifiesta, constituyen los rasgos distintivos de una obra a la que el lector asiente porque se reconoce; porque traduce un modo de experiencia solidario y común; porque fustiga el discurso hecho de falsedades; y descubre, en su rechazo de todo tipo de engaño o de mentira, una forma humana de verdad. La poesía de José Agustín Goytisolo nos enseña instantes concretos de la vida, y, por ello, nos enseña a vivir. Pero se equivoca quien piense que esta poesía no está elaborada y que su lenguaje no tiene perfección: la tiene y en su grado más alto —aquel que no se ve.

Jordi Virallonga nos acerca sus secretos engranajes, los resortes de sus distintos mecanismos y las líneas y nombres que conforman toda su tradición. Su libro sobre Goytisolo nos explica el mapa de su mundo: la temática de sus canciones, los esquemas de la misma, los paradigmas que sigue y los que altera, los que elude y alude; y sistematiza todo ello en un catálogo preciso que incluye tanto una exacta morfología pertinente como una selección lexical determinante. Sitúa, pues, a Goytisolo en una intertextualidad de la que él, con un sabio aparato teórico, establece lo que puede llamarse su «gramática». Subraya el significado que, dentro de su obra, tiene la canción: describe todas y cada una de sus formas. Pero reconoce que «los temas no configuran por sí solos ningún eje central» y que «la desaparición del ser querido» es el núcleo absoluto de esta obra. Lo demuestra en el capítulo III, «Las elegías», y analiza la relación de algunos de sus textos con otros de Propertio, Darío, Eliot, Salinas, Alberti, Lorca, Joan Oliver, Hierro,

losófica» de Esteban Pinilla y Manuel Sacristán que están vivas en el fondo de su obra; y la de las lecturas de Eliot y Salinas, que no habían sido suficientemente señaladas por la crítica anterior.

Sin embargo, el capítulo IV, «Poética, arquitectura y urbanismo», parece el de calado más profundo y, tal vez por ser el menos obvio, el que más profundiza en su ámbito de significación. En él refiere la historia de «Taller de arquitectura»: el vocabulario que lo nutre y los distintos niveles que lo pueblan y, sobre todo, lo que sobre la ideología del lenguaje hizo ver Condillac. Por último, aplica la



«ironía estable» de Booth y la «ironía retórica» de Muecke al estudio de la obra de José Agustín. Aquí incurre en errores —como el de la página 338, en la que confunde el tema del «carpe diem» con el del «ubi sunt?»— pero subraya, en cambio, el uso de un «autor implícito» y una «doble ironía»; hace un elenco de los «principales recursos retóricos» utilizados «para lograr una sistemática deformación de la realidad»; advierte el influjo de Blas de Otero; subraya «el uso de personificaciones ya lexicalizadas» y concluye con un hallazgo que es mucho más que una observación: la presencia, en la poesía de José Agustín, de «esa mirada de espejo cóncavo valleinclanescos», que refleja todo lo que refracta.

Sí: el esperpento de Valle funciona aquí como marca de registro. Virallonga lo indica y lo recoge en un libro que —como los del poeta estudiado— resulta útil, necesario e iluminador. Su estudio puede ser metodológicamente discutible. Lo que no lo es, es su milimétrica clarificación. En este punto Virallonga es tan exhaustivo como sistemático: da un completo inventario de sus claves, aunque no siempre acierte en su hermenéutica. Su libro es, sobre todo, un mapa; no, una lectura. Por eso contrastan en él dos estilos: el del «Prólogo», extraordinariamente bien escrito, y el del estudio, que es como una cuota para tener acceso a la navegación de cabotaje en el mercado común de la Universidad. Jordi Virallonga demuestra sus condiciones de estudioso. Pero su libro de verdad no es éste que he reseñado sino el otro: el que nos transmite en su excelente «Prólogo», el que el lector sin trabas académicas le pide y él nos debe dar.

Jaime SILES

«La poesía de José Agustín Goytisolo nos enseña instantes de la vida, y nos enseña a vivir. Virallonga nos acerca los engranajes y los nombres que conforman toda su tradición»

Neruda, Pavese, Ángela Figuera y Vicente Wenceslao Querol. Estudia muy bien su poesía política, rebelde y combativa; señala sus coincidencias con —y sus desviaciones de— la mal llamada «poesía social»; indica sus antecedentes remotos o inmediatos; sabe ver su relación con Maiakovsky y su desarrollo de los poemas-reportaje; analiza algunos de sus símbolos y define, a partir de un riguroso cotejo de sus fuentes, los elementos explícitos e implícitos que fundamentan toda su creación. Esta es la parte del libro que filológicamente contiene más aciertos. En ella da sus claves —por ejemplo la de la «antropología fi-